

El testimonio de los sentidos

Entrevista a Álvaro Mutis

La revista Universidad de México se enorgullece y prestigia con la presencia de Álvaro Mutis (Bogotá 1923), cuya obra es reconocida desde el Mediterráneo hasta el Caribe como una de las más altas expresiones en la literatura hispanoamericana de nuestro tiempo. En la entrevista se profundiza en la obra del escritor y especialmente en su particular relación con Maqroll el Gaviero, célebre protagonista de gran parte de la poesía y prosa del autor desde hace más de cuarenta años. Tríptico de mar y tierra (novela) y XI Carminae contra gentiles (poesía), de próxima aparición, son los libros más recientes del escritor colombiano.

Julio Trujillo: En su primera plaquette de poesía, *La balanza*, apareció la "Oración de Maqroll el Gaviero", quien desde entonces lo acompaña. ¿Podría hablarme un poco sobre la creación de este personaje ya legendario?

Álvaro Mutis: En *La balanza*, qué publiqué en 1948 pero que empecé a escribir desde 1943, aparece Maqroll. La razón de su aparición es muy sencilla. Desde las primeras páginas de poesía que escribí, ya con la intención de publicar y en medio de las grandes dudas pero de todas maneras sin arriesgar mucho rubor al pensar en publicarlas, sentí que mi poesía tenía un tono de desesperanza, un tono de destrucción, de deterioro en las cosas, en los personajes y en los sentimientos que no correspondía a mi edad; pensé para mí que a los 18 años yo no era ningún Rimbaud para escribir ya con tal distancia de toda ilusión de creer en el sentido de cualquiera de las acciones del hombre y de sus episodios sobre la Tierra. Entonces se me ocurrió crear un personaje con la experiencia que autorizara esa desesperanza, y así nació Maqroll. Me acompañó en todos mis libros de poesía durante cuarenta años; en las obras en prosa que escribí durante esos cuarenta años, que son algunos

cuentos como "La muerte del Estratega", "Sharaya", "Antes de que cante el gallo", y el fragmento de *El último rostro* —la novela sobre Bolívar—, no aparece Maqroll. Curiosamente lo dejé en la poesía, y ahí no necesité hacer una descripción física de él, ni darle un pasado, ni una nacionalidad; lo que yo quería darle era una carga de experiencia vital que le permitiera ese acercarse al deterioro de los sentimientos, de las cosas y del mundo mismo. Después, cuando se me ocurrió escribir la primera novela, *La Nieve del Almirante* —que fue como un ensayo, yo no sabía que estaba escribiendo una novela; no era esa mi idea; era sencillamente desarrollar una prosa que había escrito, que se llama "La Nieve del Almirante", que apareció en un libro de poesía¹ donde yo me di cuenta de que eso no era ya un poema en prosa—, supe que Maqroll, claro, necesitaba una descripción física, un pasado. Pero ya era tarde. Después de cuarenta años yo no voy a inventarle a un personaje un pasado ni una experiencia "nacional", digamos.

JT: De Maqroll conocemos su edad madura y la entrada en la vejez, pero nada sa-

¹ "La Nieve del Almirante" aparece en *Caravanary*.

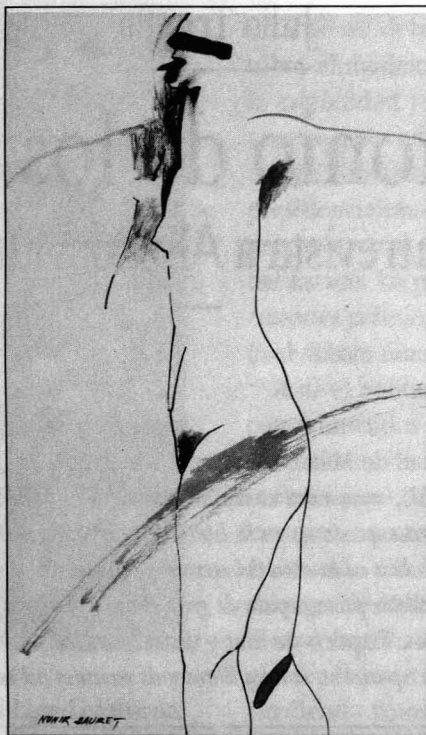
bemos de su juventud ni de su experiencia como gaviero. ¿Nunca le ha interesado rescatar esa etapa de su vida?

AM: Esa pregunta viene muy a cuento, porque acabo de terminar un libro, que se llama *Tríptico de mar y tierra*, que consta de tres episodios de la experiencia afectiva de Maqroll que para él son totalmente novedosos: el suicidio de un viejo compañero de pesca (que es su íntimo amigo mientras están en el mar, en tierra no se ven nunca); una serie de viajes y de hazañas tumultuosas con un pintor (un grande amigo mío, Alejandro Obregón, gran pintor colombiano que hubiera muy bien podido ser un gran compañero de largas horas de bebida con Maqroll en las islas de las Antillas y en muchos otros lugares); y la experiencia con un hijo natural de Abdul Bashur, un niño de quien, por circunstancias que explico allí, tiene que hacerse cargo Maqroll durante un largo año. Entonces ahora sí me está llamando la atención el contar un episodio de la juventud de Maqroll —no voy a adelantarle nada, es un trabajo en gestación. Yo trabajo mucho sin escribir, en la imaginación, creando, viendo, dejando que las cosas sucedan dentro de mí. Esto lo aprendí en las siete novelas que he escrito: no apre-

surarme; hay una madurez de situaciones que permite ya comenzar a escribir. Desde luego seguirá sin saberse, a ciencia cierta, dónde nació, pero ya podemos ocuparnos un poco de su físico y de ciertos comienzos en su vida, no sólo de marino sino de itinerante. Si se leen con cuidado mis primeros poemas, allí aparece Maqroll como gaviero, de vigilante de unos trasatlánticos, muy joven todavía, pero a eso ya volveremos. Eso nunca se puede determinar; yo ya no me atrevo a asegurar nada, cuando terminé *La Nieve del Almirante* me dije que esa era la primera y la última novela que escribía. Estaba decidido a volver a la poesía, y mire ya cuántas llevo. Ya no hay seriedad ninguna.

JT: *Es obvio el aliento narrativo que existe en su poesía, pero platíqueme un poco más sobre su decisión de desarrollarse en la prosa, su "transición" de la poesía a la prosa.*

AM: En verdad fue una curiosidad: saber qué va a pasar con esta situación que he creado de Maqroll en el momento de bajar de "La Nieve del Almirante", que es una parada de camiones a cuatro mil metros de altura en pleno páramo en la cordillera. ¿Qué le pasó al bajar?, ¿por qué no lo conté?, ¿por qué me dio miedo contarlo? Fue como un desafío. Ahora, hay una cosa que quiero aclarar y que creo que encaja con una parte tácita de la pregunta suya: en todas mis novelas sigue estando muy presente mi poesía. Creo que una persona que leyera la *Summa de Maqroll el Gaviero* y tuviera la paciencia infinita de buscar en los poemas episodios, momentos, instantes, paisajes, sensaciones que están en las novelas, las encontraría todas, con otro nombre quizá. Mi poesía sí tiene desde el comienzo un aliento narrativo, por una razón muy sencilla: mi poesía nace de un deseo de evocar una determinada región de Colombia donde mi madre y mis abuelos maternos tenían una hacienda de café y caña, una hacienda muy grande, muy bella, en donde yo viví



días y horas y semanas inolvidables, de una riqueza de experiencia y una plenitud de belleza tal, de paisajes y de encuentro con la gente, que para mí ese sitio es el paraíso. A mí el paraíso no me lo tienen que ofrecer porque yo ya lo conocí; volver a él eso sí me lo pueden ofrecer. Entonces, desde mi primer poema, "La creciente", estoy hablando de eso, y tiene un aliento narrativo porque en verdad va directamente a preservar, a conservar un instante en la memoria, un hecho real, una experiencia real mía. Yo tengo una gran fe en el testimonio de los sentidos. Está dicho en muchos poemas y varias veces en las novelas. Por eso al final de una narración que yo quiero mucho —el que la quiera mucho no quiere decir que me parezca muy lograda ni mucho menos, pero la quiero mucho— que es "La muerte del Estratega", en el instante en que el Estratega agoniza y muere todo está bien, todo está en orden: tuve en un momento en mis manos el cuerpo de una mujer a quien adoré; esto ya es un regalo maravilloso, eso justifica la vida.

JT: *Aunque conocido y celebrado como poeta durante muchos años, el éxito mundial lo trajeron sus novelas. ¿Qué género disfruta más?*

AM: Si quiere que le diga con absoluta honestidad, yo nunca he sentido que pasé de un género a otro; sigo con el mismo personaje, con los mismos paisajes de las Antillas, con el puerto de Amberes, con los puertos del Báltico, con algunos puertos del Mediterráneo; siguen siendo los mismos paisajes y situaciones que me acompañan. Entonces yo no siento que paso de una cosa a la otra. En verdad sí paso, pero la frontera entre ambas no la puedo delimitar; ahora, el que se me haya reconocido con más rapidez por las novelas es muy curioso. Se debe a un hecho muy elemental: en países como Francia, Estados Unidos, Alemania e Italia se tradujeron antes mis novelas que mi poesía. Quién sabe lo que hubiera sucedido si se hubiera traducido la poesía. En fin, no me hago muchas ilusiones, pero, por ejemplo, ahora va a salir mi poesía completa en francés y estoy seguro de que tendrá lectores y que los lectores de mis novelas —que en Francia son ya bastantes, no quiero decir numerosos, no quiero presumir porque no es así— cuando lean la poesía van a entender todo; en esos países sucedió al revés que en los países de lengua hispana.

JT: *Desde La Nieve del Almirante aparecen los rasgos que definen a Maqroll y los temas preferidos de Álvaro Mutis, como esa manía del Gaviero por emprender aventuras en donde no importa el lugar al que se busca llegar sino la búsqueda en sí. Aquí se podría insertar la famosa teoría de Maqroll sobre las caravanas.²*

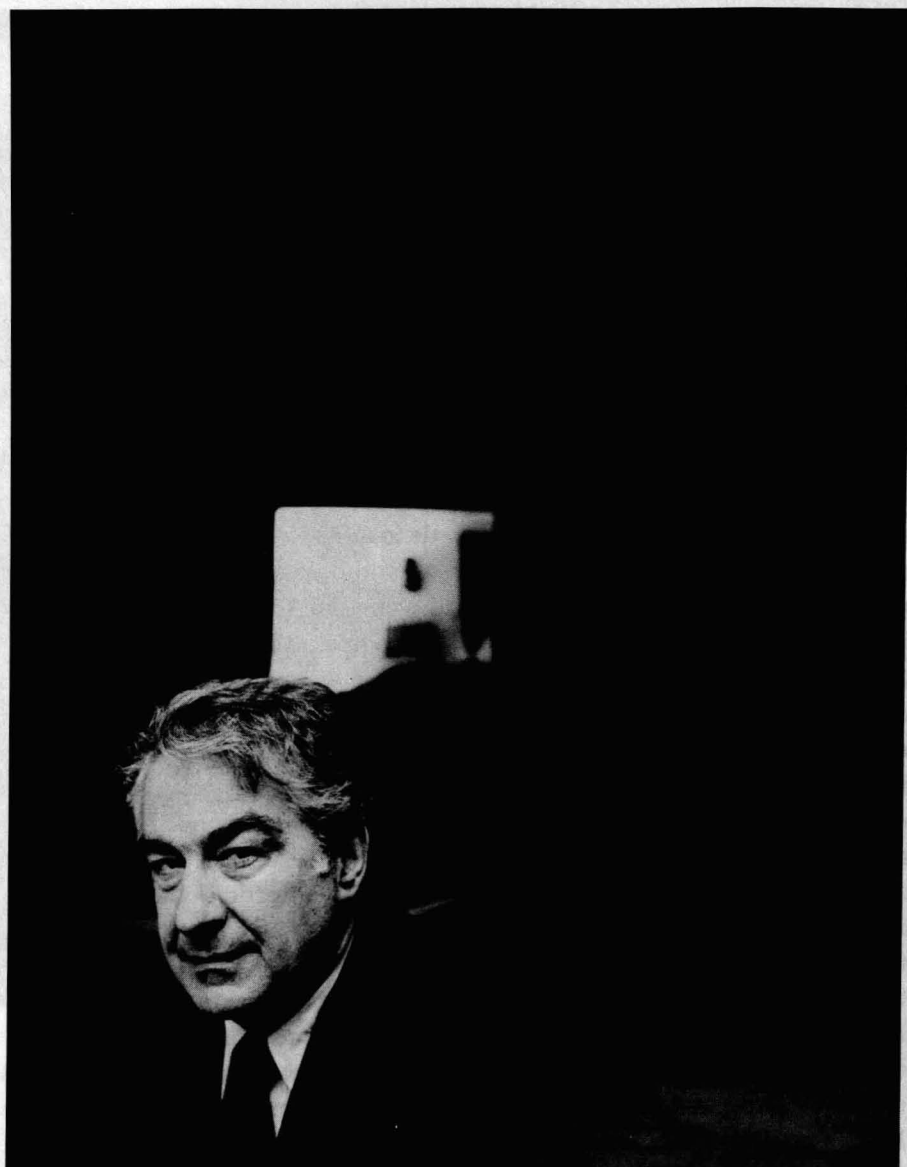
AM: Yo le iba a decir eso. Bastaría que en este momento citáramos el fragmento sobre la caravana en donde lo que importa no son los camelleros, ni la caravana, sino el culto de la caravana. Maqroll es un hombre que ya sabe que es inútil buscar nada, que cuando

² "Una caravana no simboliza ni representa cosa alguna. Nuestro error consiste en pensar que va hacia alguna parte o viene de otra. La caravana agota su significado en su mismo desplazamiento. Lo saben las bestias que la componen, lo ignoran los caravaneros. Siempre será así."

encontramos es peor que cuando no encontramos, porque lo que encontramos no sólo nos desengaña sino que nunca será lo que nosotros queríamos. Eso nos sucede en amor, en amistad, en la vida diaria y en este delirio absurdo que es la poesía. Entonces Maqroll emprende esta serie de experiencias sencillamente porque si no lo hace se muere. Desde luego desde el comienzo él sabe que no hay tales aserraderos en *La Nieve del Almirante*. La primera vez que los menciona casi se le ríen en la cara. El capitán sabe lo que Maqroll va a encontrar, pero el capitán —que es una especie de doble de Maqroll en ciertos momentos— no le dice nada, ¿para qué decirle?, si ese hombre no está buscando ningunos aserraderos. Lo que quiere, esto sí, por ejemplo, es el paso por los rápidos, a ver qué sucede, qué tan cerca está la muerte, qué cara tiene. Así le sucede con todo. En *Amirbar* la búsqueda del oro es exactamente lo mismo. Yo me he opuesto un poco al uso de la palabra “aventura”. El título que lleva la totalidad de los libros de Maqroll, que en realidad es un sólo libro con varios episodios, es *Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero*. Así lo veo yo, porque la aventura es un poco la idea del hombre que va a buscar algo nuevo, y para él ya no hay nada nuevo, vuelve siempre a los mismos países. El país donde sucede *La Nieve del Almirante* es el mismo país de *Un bel morir* y de *Amirbar*; siempre visita el puerto de Amberes, los puertos del Mar del Norte, Túnez, Trípoli, Estambul: son los mismos hábitos familiares que él sabe que son cruces de caminos.

JT: Hay varios temas recurrentes sobre los que se podría conversar jornadas enteras; dos de los más fundamentales son el azar y la muerte.

AM: Vamos a tratarlo por orden. En alguna novela explico, o explica Maqroll, que el azar no existe. Es como las coincidencias, en las cuales yo nunca he creído; sí creo que pertenecemos a una especie de plan del uni-



verso —creo en Dios— en donde está escrito ya todo esto que nos está pasando; yo podría decir qué curioso, me encontré a un redactor de la *Revista Universidad* —en donde, por cierto, jamás se han reseñado mis libros—, qué casualidad, y no existe tal casualidad, probablemente es este el momento maduro para conversar usted y yo. No existe el azar, pero hay que tener cuidado cuando vamos a calificar algo de azaroso. Mejor preguntarse ¿por qué pasó?, y yo estoy absolutamente seguro de que siempre encontraremos la razón oculta detrás de lo que llamamos azar para salir del paso: es muy fácil hablar del azar. Aquél verso bellissimo de Mallarmé “un golpe de dados jamás abolirá el azar” —o una “suerte” de dados, como sugiere Octavio Paz, creo que con razón, que se debería decir— es muy cierto, jamás

se abolirá el azar porque el azar sucede siempre, y si sucede siempre es porque no existe, porque no es azar, está inscrito en el universo. Para la muerte habría que presentar casi los mismos argumentos. Yo describo tres muertes de Maqroll: una se llama “Morada” y es un poema en prosa que se encuentra en *Reseña de los hospitales de ultramar*; otra, en un poema del mismo libro y con un larguísimo título: “Se hace un recuento de ciertas visiones memorables de Maqroll el gaviero, de algunas de sus experiencias en varios de sus viajes y se catalogan algunos de sus objetos más familiares y antiguos”; la tercera es “En los esteros”, que incluyo al final de *Un bel morir*.³ En ninguna de las

³ “En los esteros” aparece en el libro *Caravansary*.

tres ocasiones su muerte es clara; eso no me interesa. Ahora, en un episodio del libro que acabo de terminar se narra el primer encuentro de Maqroll frente a frente con la muerte; también existe el diálogo que sostiene con Abdul en *Abdul Bashur, señorador de navíos* en donde se habla de estos encuentros. En esos dos momentos —en *Tríptico* y *Abdul Bashur*— es evidente que Maqroll no se preocupa ni se ocupa de la muerte; la muerte está ya ahí. Eso es una convicción mía, y casi una experiencia interna, espiritual, desde muy niño; no es que no le tema a la muerte, por supuesto que le temo, pero ya la tengo adentro, es inútil extrañarme. Cuando empiezan a morir los amigos, los seres que queremos —ya perdí a un hermano que fue mi cómplice y mi amigo íntimo profundo de toda mi vida—, eso es una parte de nuestra muerte. La muerte de Alejandro Obregón —una amistad entrañable de cincuenta años— el año pasado, es ya un poco mi muerte, porque cuando yo llego a Cartagena de Indias donde él vivía, llego todavía con un bagaje de cosas que contarle y él ya no está; eso es muerte mía, ya no es muerte de él. Los buenos cristianos saben bastante de esto; estamos viviendo nuestra muerte. Y cuando venga lo menos que debemos hacer es extrañarnos, dolernos sí, pero extrañarnos nunca.

JT: *Maqroll se niega a aceptar la idea de que existe un destino que rige sus actos. Sin embargo se resigna ante los males o las sorpresas que la vida le pueda deparar. Creo que ahí hay una aparente contradicción.*

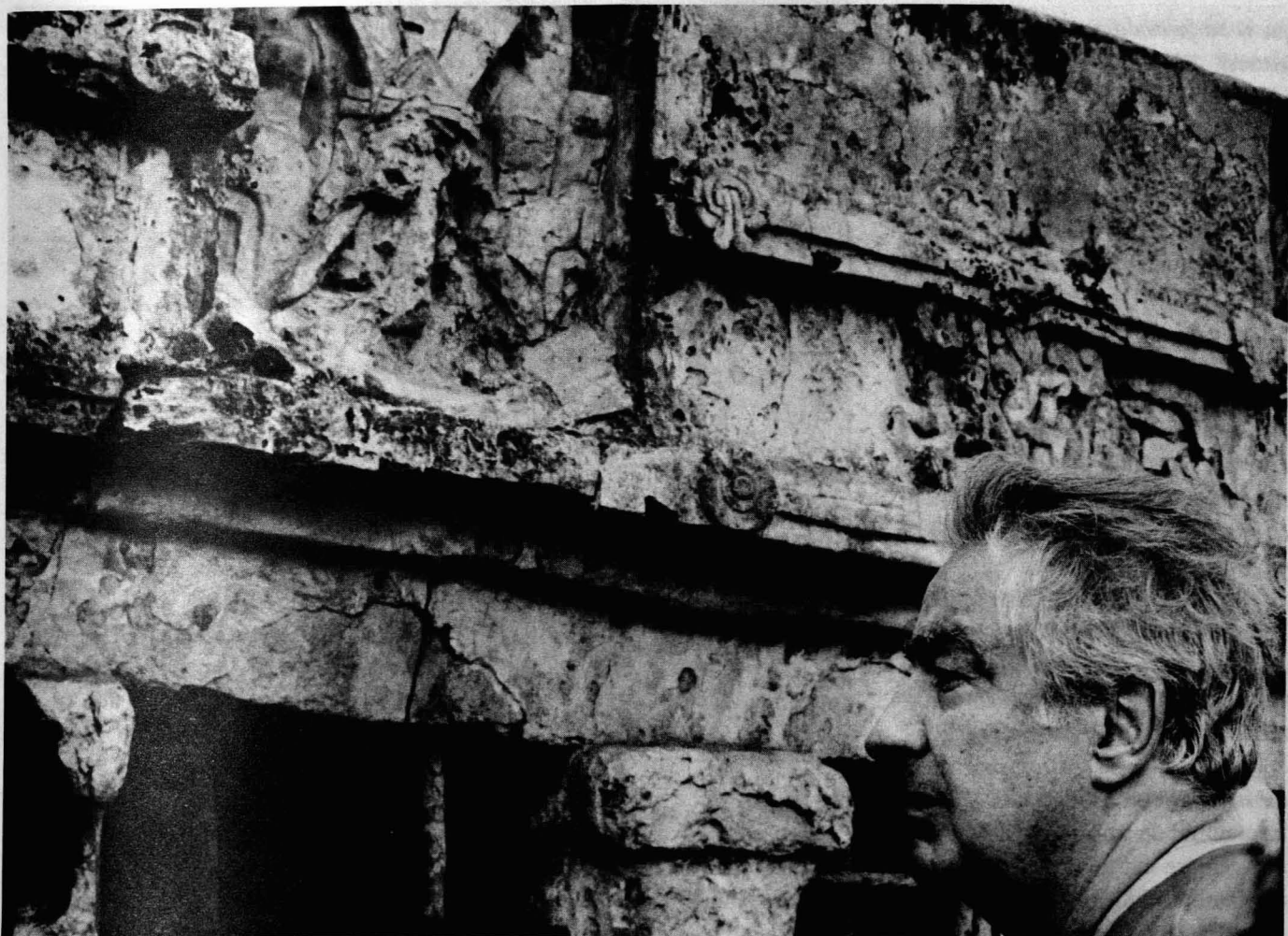
AM: No hay contradicción. Le voy a explicar cómo siento yo que Maqroll vive las cosas —ahora, yo estoy aquí hablando por cuenta de Maqroll y él ya tiene sus propias ideas y me tortura en una forma increíble; ya van dos o tres ocasiones en las que estoy escribiendo y él me corrige. Está presente diciendo “un momento, yo no hablo así, eso no me puede pasar a mí, no voy a permitir que me suceda”. Enton-

ces, volviendo a hablar en nombre de él, hay dos cosas que son el eje de la personalidad de Maqroll y que son complementarias: la aceptación y la indulgencia. La aceptación es: lo que venga acéptalo, no luches contra las cosas, no luches contra el destino; eso es mentira. La inmensa necesidad de Aristóteles cuando dijo que el hombre es el arquitecto de su propio destino sólo se le puede ocurrir a un griego tonto y razonador que vive sólo de la razón y para ella. El hombre no es arquitecto de nada y muchísimo menos de lo que se le viene encima; tratar de evitarlo o de transformarlo es de una ingenuidad infinita. Siempre habrá una sorpresa brutal que no tomamos en cuenta, entonces, aceptarlo. Hay un modelo que prácticamente se repite en todas las novelas: los aserraderos en *La Nieve del Almirante*, el burdel en *Ilona llega con la lluvia*, las famosas cajas que tiene que subir en *Un bel morir* y la mina de *Amirbar*; en todos estos casos él sabe ya que de ahí no va a salir nada. Me han criticado en algunas revistas y en algunos países el hecho de que Maqroll, por ejemplo, sea tan ingenuo como para dejarse envolver en un negocio como el de las cajas en *Un bel morir*; él desde el primer momento se da cuenta de que el tipo es un bellaco y que en las cajas hay algo sospechoso pero ¿qué va a pasar? Eso es lo que me interesa: ¿cómo le voy a hacer para subir estas mulas?, pero ilusión no hay ninguna. Después, la indulgencia, que es la consecuencia de esto. Maqroll jamás maldice o vierte sobre alguien la responsabilidad o la culpabilidad de algo que él ha sufrido. Si el asunto llega a una situación límite, Maqroll mata, como se narra en *Abdul Bashur* cuando el filipino intenta asesinarlo; él mata, y ha matado varias veces, pero sólo en situaciones extremas. La indulgencia consiste en el pleno entendimiento: quien entiende y comprende, perdona y olvida. Lo que jamás hará Maqroll en su vida será juzgar a alguien, ni acepta juicios de nadie sobre nadie, nunca. Él rechaza fundamentalmente la acción de eso que lla-

mamos la justicia, la autoridad, los jueces; para él eso es un mundo inexistente; no tenemos condición ni autoridad para juzgar a nadie; si un tipo es un monstruo de maldad, Maqroll ni lo juzga ni lo ataca, pero si el tipo se vuelve sobre él entonces Maqroll se defiende, mata o se va, según como esté de humor. Los dos centros de su carácter son esos. Entonces cambia enormemente el concepto de destino. Ya no es este destino que nos espera en el sentido de la tragedia griega, sobre todo en Sófocles, sino que es algo oscuro que no conocemos bien, que se va forjando a medida que van pasando las cosas; no es que esté íntegro allá esperándonos: se ha ido tejiendo, no nos hagamos tontos, dice Maqroll.

JT: *En Ilona llega con la lluvia se desarrolla a fondo otro tema de importancia en su obra, el de la mujer. Flor Estévez, Ilona, Amparo María, Warda, La Regidora, Antonia, casi todas ligadas por un fin trágico.*

AM: No es la primera vez que me hacen esta pregunta, naturalmente, y es la pregunta que nunca puedo contestar con mucha claridad, en una forma determinante. No sé por qué se me mueren estas mujeres. Lo que puedo asegurar es, por ejemplo en el primer caso, el de Ilona, que nunca tuve la idea de que ella muriera. Incluso cuando me senté a escribir esa página ella va, se despide de Larissa y se va con Maqroll a Cristóbal a esperar a Abdul, suben a su barco y ahí termina la novela. En medio de la escritura estalló el “Lepanto”. Eso ya sé que parece inverosímil, pero yo escribo en una forma un poco sonambúllica; dejo que sucedan las cosas y no corrijo ni controlo mucho lo que estoy escribiendo; algo me mueve adentro, algo comienza a suceder y yo lo escribo; después —nada es gratuito, desde luego— me di cuenta de que el carácter de Larissa adquiere con la muerte de Ilona una profundidad trágica, terrible, demoniaca, pero que nunca se había manifestado hasta ese



momento, en el que se ve la absoluta inmersión en el mal en que está Larissa. En el caso de Amparo María, pues en verdad la violencia brutal que viven estos países de América Latina —y el mundo entero, esto hubiera podido suceder perfectamente en Yugoslavia o en Líbano o en Irak— siempre la pagan los inocentes. La violencia cuando es más imperdonable es cuando hiere a los que no están en el juego, y yo creo que por eso murió la pobre de Amparo María. Warda está viva. Antonia venía mal desde el comienzo. En cambio está el ejemplo de una mujer como Dora Estela —La Regidora—, que es una mujer centrada, que sabe exactamente en qué pedazo de tierra están sus pies. Hay una especie de necesidad en ciertos momentos de dar ese toque brutal, ese golpe enorme a Maqroll, a la anécdota que estoy contando y al lector mismo.

JT: *Qué golpe más brutal que la muerte de Abdul*

AM: Sí, ese no me lo perdona muchísima gente.

JT: *En Ilona aparece un tema diferente que no existe en los otros libros, tema sobrenatural y ficticio. Me refiero a las apariciones que ocurren en el “Lepanto”. ¿Cómo se le ocurrió esto?, ¿cómo se gestó esa idea?*

AM: Así, tal como está narrado. Ya le explicaba que yo tengo la tendencia, la disciplina de dejarme ir cuando escribo. Cuando escribí la aparición de esas dos figuras en la cala del “Lepanto”, yo mismo no sabía qué diablos estaba pasando, si eran fantasmas o si eran reales —son de dos épocas diferentes de la historia pero son muy concretos, muy reales, y en su manera de relacionarse con Larissa son muy específicos. Después estuve a punto de modificar ese episodio y de darle alguna disculpa literaria, pero ¿por qué?, que el lector se trague la píldora completa, yo no me voy a poner a

arreglarle la vida al lector, yo no sé; eso le pasó a Larissa y ya verá ella cómo lo negocia. No quise en verdad meterle mano a ese pasaje. Yo escribo por las mañanas y corrijo por las noches, pero la corrección nocturna es puramente formal: palabras, sintaxis, repeticiones, desagradables rimas internas, en fin; dejo descansar el libro unos días o semanas y después lo leo como si fuera un libro ajeno; hago todo lo posible por leerlo así; entonces cuando llegué a este momento de las apariciones tuve la tentación y dije no.

JT: *Usted, como ya lo dijo antes, ha sugerido un puñado de veces la muerte del Gaviero. La reacción de Gonzalo Rojas⁴ la compartimos muchos lectores que seguimos con gran interés las tribulaciones de Maqroll. ¿Qué opina de este vínculo*

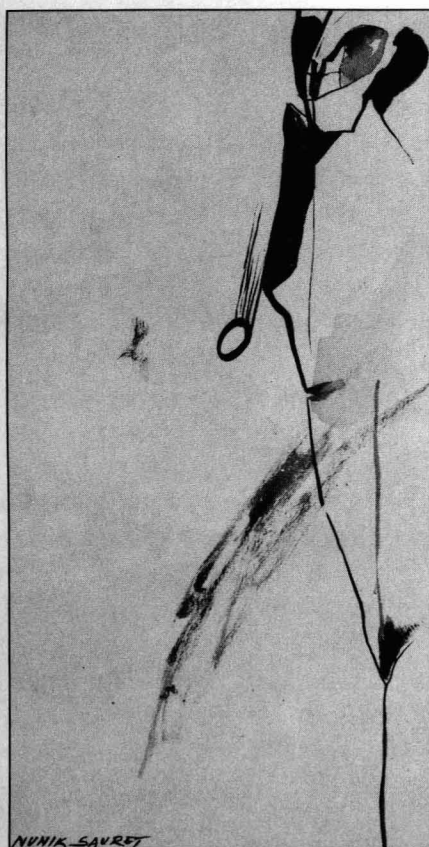
⁴ Gonzalo Rojas amenazó con ir a los tribunales para impugnar la desaparición de su amigo Maqroll.

que se ha formado entre sus libros y sus lectores?

AM: Lo estoy descubriendo. Yo nunca escribo, no lo hago jamás ni lo hice con la poesía, imaginando un lector; entonces cuando aparecen lectores míos —esto sucede cada vez con mayor frecuencia, sería inútil negarlo— y me cuentan sus relaciones con los libros, me da una sorpresa enorme. Me da gusto, claro, pero también me sorprende que algo que yo he escrito en un estado, le repito, de sonambulismo, tenga un eco en alguien que no me conoce ni sabe quién soy yo. Un ejemplo: existe una preferencia femenina muy marcada por un libro que yo también quiero mucho, *La última escala del Tramp Steamer*, que tiene unas lectoras que son absolutamente febriles. Me escriben o me las encuentro a veces y sin conocerme me hablan de su relación con el libro. La multitud de amigos que tiene Maqroll siempre me tomará por sorpresa esa familiaridad, ese conocimiento del lector de todos estos hechos y esa asimilación a su propia experiencia. Me da también satisfacción saber que esas páginas no se perdieron.

JT: Me extraña nunca haber encontrado en sus libros la palabra *saudade*.

AM: En alguno está, en este momento me es difícil saber. *Saudade* es una palabra intraducible —yo hablo y leo portugués como si fuera mi lengua materna—, tiene una traducción posible: añoranza, pero *saudade* tiene una mezcla de placer y dolor cuando sucede que la añoranza no tiene, la añoranza es una nostalgia un tanto más intensa: la necesidad de una presencia; la *saudade* es casi como un complacerse en una herida y al mismo tiempo sentir un placer nuevo e intenso y sentarse a sentirlo. Tal vez no la he usado pero creo que hay muchos momentos de *saudade* en mis libros; por ejemplo cuando Maqroll se encuentra con Ilona en la calle en Panamá y se reúnen y se sientan a beber *gin and tonic*. La satisfacción, el descanso que siente Maqroll es pura *sau-*



dade, el gusto de haberse encontrado y la rememoración del pasado. Hay muchos momentos de *saudade* en mis libros; creo que en alguna parte está la palabra, no estoy seguro, pero me da gusto que lo haya notado.

JT: Tres personas o personajes se funden y confunden constantemente: Maqroll, Mutis y un tercer elemento que es el narrador de toda la saga. ¿Se pueden establecer relaciones y diferencias?

AM: Está totalmente en lo justo, hay tres personas distintas. Ahora, la pregunta sería ¿por qué esa tercera persona no es Álvaro Mutis? De eso me he venido a dar cuenta ahora, al escribir el *Tríptico*, hasta ahora, en donde hablo de mi esposa y en donde voy a ver con ella a Maqroll en Pollensa. De pronto me doy cuenta de que a esa pareja le están pasando cosas que ya no son mías tampoco. En los libros míos el narrador forma parte de la historia, no de mi vida, pero ha sido paulatino este descubrimiento, este surgir del narrador, a tal punto que los tres episodios del *Tríptico* se los cuentan simultánea o alternativamente al narrador personajes de esas mis-

mas narraciones, o Maqroll mismo, u otras personas con las cuales yo nunca he estado en contacto. ¿Qué pasa?, que el narrador se ha vuelto un personaje, muy útil para mí. El narrador sabe más de Maqroll que yo; ellos tienen una cierta complicidad; hay cosas graves que Maqroll ha callado de su vida. Las sabe el narrador y tampoco las ha contado, yo no las sé. Cuando hablan entre ellos uno siente, yo espero que el lector sienta, que estos dos pájaros se han visto enredados en asuntos bastante peliagudos.

JT: La América Ecuatorial, usted lo ha dicho, ha sido víctima de una literaturización exagerada. ¿Cómo relaciona su obra con este fenómeno?

AM: Cuando las cosas suceden en la América Ecuatorial voy directamente a una descripción y a una evocación de un paisaje absolutamente real; todo sucede en un plano estrictamente real. García Márquez lo hace de una forma genial con otro estilo. Yo nunca he creído que necesite, en mi caso, acudir a la fantasía y al famoso realismo mágico para contar la maravilla y el horror que encarnan en esa zona. Si otros lo han hecho en algunos me parece un logro magnífico y en otros me parece un absoluto fracaso. La explotación, o la insistencia y la explicación de lo real maravilloso me parece una gran tontería. Los auténticos grandes escritores que se han ocupado de esa zona, a través de ese camino, jamás han hablado de lo real maravilloso; es real y terrible como es real y terrible cualquier lugar del mundo.

JT: ¿Qué me puede contar de su experiencia en *Lecumberri*?

AM: Sobre eso podríamos hablar horas enteras, días enteros o podría remitirlo a las páginas que publiqué en el *Diario de Lecumberri*. No es una manera de sacarle el cuerpo a la pregunta, pero yo creo que uno no tiene derecho de presentar cualquiera de las experiencias de su vida como un



hecho excepcional. Todos los seres humanos tenemos en un momento dado experiencias excepcionales y terribles, que son aleccionadoras, que enriquecen, pero que duelen, entonces la memoria se encarga, muy sabiamente, o de borrarlas, o de maquillarlas y hacerlas todas muy bellas, o sencillamente de dejarlas atrás. Yo lo que le puedo decir es esto: no hubiera escrito las siete novelas que ya escribí ni las que posiblemente escriba, ni buena parte de la poesía que escribí al salir de Lecumberri si no hubiera estado ahí, porque esas experiencias terminales, al final de la cuerda, *the end of the rope*, como dicen los ingleses, desde luego que cargan allá dentro la capacidad de imaginar, de ver y de sentir y nos acercan tremendamente, verdaderamente, a los hombres. Yo no hubiera escrito un libro como *Los emisarios*, que aparentemente no tiene nada que ver con Lecumberri, si no hubiera pasado los quince meses que pasé ahí. Ni me pesa haber estado ahí, ni me alegra muchísimo. Hubiera preferido no haber estado, claro, pero ya pasó; en eso sí tenemos que actuar como Maq-

roll. Hay una regla fundamental que rige la conducta de los marinos de guerra ingleses desde la época de los piratas hasta hoy; se resume en una frase: *Never explain, never complain*. Estoy seguro de que muchos de los episodios que le ocurren a Maqroll arrastran experiencias que tuve en Lecumberri, que fueron muchas.

JT: ¿Qué pasó con su novela sobre los últimos días de Bolívar?

AM: Fue muy sencillo. Yo tenía la idea de escribir, desde hace muchos años, los últimos días de Bolívar. No es éste un personaje que me atraiga muy particularmente; siento por él cierta simpatía por su carácter de romántico desaforado, de personaje de Chateaubriand o de Lord Byron, pero como político creo que fue un desastre y que nos hizo un daño inmenso; yo creo que la independencia sucedió en la peor forma en la que podía suceder, en el peor momento y de ahí no sacamos sino guerras civiles que siguen hasta ahora. Eso se lo debemos a la falta de auténtico sentido político y

de sentido de la realidad política de Bolívar. Yo quise escribir ese final de un hombre al que se le ocurre esa frase de una belleza extraordinaria y de una realidad total: "aré en el mar y edificaré en el viento", en una carta que escribió antes de morir; esa es su vida. Escribí la novela y de pronto me di cuenta de que necesitaba verificar una cantidad enorme de episodios de la novela, desde el punto de vista histórico, y eso me dio una pereza inmensa y de pronto le tomé a todo eso un fastidio enorme. Rescaté el fragmento "El último rostro" y lo demás lo quemé. Muchos años después García Márquez vino aquí y me preguntó si yo iba a continuar esa novela, porque él quería hacerla. "La harás como nadie, porque es exactamente el tipo de situación y de personaje en la que eres un maestro" le dije.

JT: ¿En qué proyecto de poesía trabaja actualmente?

AM: Estoy escribiendo un libro que se llamará *XI Carminae contra gentiles*, que es una poesía bastante diferente de la que he escrito hasta ahora, aunque es siempre lo mismo: uno siempre tiene cosas que decir y no hace sino repetir las en una u otra forma.

JT: La última frase que tenemos de Maqroll, al final de Abdul Bashur, es "todo se me va de entre las manos", que deja un amargo sabor de boca.

AM: ¿Usted sabe que el *Tríptico de mar y tierra* lo escribí exclusivamente para dar ejemplos de qué real es esa frase? Se le va de entre las manos su compañero de pesca, se le va de entre las manos Alejandro Obregón y se le va de entre las manos el hijo de cinco años de Abdul Bashur —al final de este episodio Maqroll me dice "¿se acuerda usted de cuando quiso darme una foto y yo le contesté que mejor la guardara porque todo se me va de entre las manos?, vea usted cómo todo se me va de entre las manos". Pero así está bien: aceptación e indulgencia. ◇